

La hormiga y el oso **(La iniciación)**

De Santiago Serrano

santiagoms_2000@yahoo.com

La novata tenía que pasar su ceremonia de iniciación. Su madre quiso acompañarla un buen trecho desde su hogar. A la pequeña la tranquilizó que su progenitora no lanzara gritos de dolor ni llorase sobre su minúsculo hombro. Ella, tarde o temprano, tenía que enfrentar este desafío, estaba escrito, era parte de la naturaleza. Tenía miedo. “Sería tonto negarlo”, pensó. Sobre un enorme cascote se sentó la hormiguita Cola Negra y miró a lo lejos su objetivo. La jaula se presentaba oscura y tenebrosa. “Quizás, él esté durmiendo, podría deslizarme con facilidad y traer la prueba de mi aventura. Soy rápida y con buenos reflejos. Aunque tengo que comprender que si me ve estoy perdida.” Mientras decía esto en voz baja, propia de su especie, arremetía con paso veloz hasta el pequeño zócalo que separaba la jaula del pasillo por donde transitaban los visitantes. Agradeció que fuese tan temprano; en otro horario había mucho tránsito de zapatos y zapatillas y ella estaba muy nerviosa para sortear otro peligro.

Antes de asomarse por encima del zócalo, rezó una pequeña plegaria al dios de las hormigas y se encomendó a él.

Cuando su cabecita sobresalió del otro lado y pudo ver lo que le esperaba, sufrió un hondo escalofrío al contemplar en toda su extensión a su enemigo. Allí estaba, tendido sobre el cemento de la jaula, pachorriento, rascando su cuerpo con gran satisfacción, displicente a cualquier cosa que no fuese el rasguido de sus uñas. La Cola Negra casi se desbarranca

cuando le pareció que los astutos ojos del oso hormiguero la miraban. “Disimula”, pensó, “sabe que estoy por entrar y disimula”.

Antes de decidirse, recordó todas las atrocidades que había hecho ese depredador con sus antepasados, y de no ser por su miserable tamaño, lo hubiera embestido a puntapiés.

El Oso Hormiguero estiraba cada tanto su trompa hacia arriba, como buscando algún olor que lo sacara de su letargo.

“Es hora de actuar”, se dijo la osada novata, y se lanzó hacia el interior de la jaula en busca de un pelo de su enemigo natural. Rápidamente buscaba en el suelo su objetivo. Maldijo al cuidador que ya había barrido el piso. Ni un miserable pelo. Su vehemencia la llevó al centro de la jaula. Allí, enredado en una cadena, vio uno lustroso y largo. Su alegría fue tremenda al tirar de él y lograr arrastrarlo unos centímetros. Sintió como si tocara el cielo con las manos. Creyó que lo más conveniente era una plegaria en agradecimiento a su dios. Ella siempre fue muy creyente y ahora tenía su premio. Mientras levantaba sus manos al cielo no pudo ver que su enemigo se acercaba lentamente hacia ella.

Un soplo de la terrible trompa la hizo reaccionar. Giró y lo vio venir con sus ojos inyectados en sangre. La monstruosa aspiradora succionaba todo a su paso.

Ella agarró fuertemente el pelo y corrió hacia afuera. Cuando chocó contra la pared se dio cuenta que estaba atrapada. Había corrido en la dirección contraria. Era el fin. Mientras lo veía avanzar como un bólido hacia ella, pudo pensar en su mamá. Cerró los ojos y se encomendó al dios de las hormigas.

Un ruido seco le hizo abrir los ojos. La trompa había fallado y se había estrellado contra la pared. Sólo atinó a agarrar el pelo y correr como nunca lo había hecho.

Esa noche, mientras aún se escuchaban los festejos en el hormiguero, el Oso estiraba su trompa hacia la luna. “Es la última vez”, se decía, “no es natural, es contra toda regla. Debo repetir cien veces: Soy un Oso Hormiguero, no puedo sentir piedad”.

El siguiente texto esta registrado en el Registro de la Propiedad Intelectual de la República Argentina. Esta prohibida su reproducción sin solicitar autorizacion a su autor. Su publicación o difusion, sin el permiso correspondiente, lo hara pasible de una sanción economica y legal.

SANTIAGO SERRANO

Abril de 1985

santiagoms_2000@yahoo.com